

María Isabel Figueroa Monterroza

En defensa de la dignidad del pueblo salvadoreño

Amparo Estellés *

María Isabel nació y vive en El Salvador, ese país denominado "el Pulgarcito de América". País castigado por terremotos, por inundaciones, por una guerra que duró muchos años, el "conflicto" como los salvadoreños la denominan. María Isabel está viviendo desde hace doce años en la Comunidad el Paraíso, un proyecto de viviendas que surgió de las Comunidades Cristianas, a partir de la necesidad de ubicar a un grupo de personas pobres de las Comunidades Eclesiales de Base de los alrededores de la zona de Zacamil.

Mucho tiempo antes había fundado con otras jóvenes, tras el compromiso surgido del Vaticano II y Medellín, una nueva experiencia de vida religiosa y comunitaria para convivir y trabajar con las personas más pobres, que denominaron La Pequeña Comunidad. Trabajó, a tiempo parcial, en el archivo del arzobispado con monseñor Luis Chávez y González y posteriormente con monseñor Romero. Durante el resto del día y parte de la noche compartía su tiempo con las personas más necesitadas de las Comunidades de la parroquia de Zacamil. En 1981, debido a la persecución que se desató en la ciudad contra todas aquellas personas comprometidas con la realidad de los pobres, decidió incorporarse al frente de guerra, acompañando a la población, en el campo de las comunicaciones y apoyando la parte de salud.

En 1985 funda con otras mujeres de las Comunidades Eclesiales de Base de Zacamil el "Comité de Madres y Familiares de presos políticos, desaparecidos y asesinados, Padre Octavio Ortiz y Hermana Silvia" para poder trabajar por los derechos humanos y por la libertad de los presos políticos que se encontraban en las cárceles en esos momentos. En el seno de este movimiento de mujeres surgió la iniciativa de crear un Centro Hogar para albergar a niños huérfanos por causa de la guerra, que se denomina en la actualidad

*Médico. Presidenta de la Asociación Amanecer Solidario. Valencia.

"Centro Hogar de Proyección Comunitaria Alfonso Acevedo". *Este Centro Hogar, con la participación de miembros de las diferentes Comunidades Cristianas, ha sido el germen de lo que es hoy la "Asociación Nuevo Amanecer de El Salvador". En la actualidad María Isabel sigue trabajando en la Asociación como responsable del Programa de Salud Integral y distribuye su tiempo entre esta labor y el acompañamiento a grupos de mujeres de las zonas más pobres de El Salvador.*

Pero, ¿quién es realmente María Isabel? En estas conversaciones pretendemos plasmar su vida, su testimonio, su entrega a los demás, su lucha por los más débiles, por la justicia. Como ella dice, su deseo es que el reino de Dios se plasme en este mundo.

De ella se han dicho muchas cosas:

"Se llena de coraje cuando se destruye la vida y se llena de alegría cuando todo el mundo lucha por la vida, como hicieron muchos hermanos mártires: monseñor Romero, Herberth Anaya, hermana Silvia, Alfonso Acevedo y muchos que se identificaron y le apostaron a la vida del pueblo salvadoreño".

"Alguien que orienta y guía".

"Persona muy solidaria con los demás, especialmente con quienes más lo necesitan...".

"Mujer muy segura, sincera, orgullo de mujer".

"Representa la fuerza motivadora que alienta a forjar una vida sana y con las mejores intenciones para el ser humano, pero en particular la gente más necesitada, no solamente de pan, sino de esperanza y fe".

"Un don de Dios, una fuerza divina, renovando constantemente sus energías para llevar vida a los necesitados, mantiene contacto con la naturaleza y las personas con armonía y llena de amor".

"Testimonio de vida para muchas personas que la conocemos, una mujer que siempre se ha entregado a la voluntad de Dios, enseñando y practicando el verdadero Evangelio".

"Una mujer incansable, trabajadora, porque los derechos humanos se cumplan, especialmente para la mujer y el niño".

María Isabel ha recibido el Premio de Derechos Humanos Herberth Anaya por su labor y su dedicación en defensa de los derechos humanos de El Salvador.

Cuando le fue entregado dicho premio se dijo de ella:

"María Isabel, desde su perspectiva cristiana y desde su dimensión como mujer responsable, dedicó y sigue dedicando parte de su tiempo a la defensa de los Derechos Humanos de El Salvador. Prestó auxilio a lisiados de la guerra, acompañó el nacimiento del Comité de Madres COMAFAC, con el único interés de acercar la esperanza y la resistencia activa a estas mujeres, a las cuales la guerra les arrebató a sus hijos.

Actualmente sigue dedicando su vida a acompañar grupos de mujeres, adolescentes y jóvenes que, además de retomar la memoria histórica, buscan



reafirmar su identidad cristiana en un ambiente ausente de valores y de razones para vivir dignamente.

Hoy nos alegramos al conocer que, como muestra de reconocimiento a este valioso trabajo, ha sido elegida para recibir el Premio Herberth Anaya. Compartimos el gozo que esto puede significar en su vida personal y sabemos que seguirá dando grandes frutos en su compromiso cotidiano por la defensa de la vida”.

Sin embargo, a pesar de recibir este Premio de Derechos Humanos, el mejor premio para ella es poder lograr algún día que exista un nuevo amanecer para El Salvador, aunque se deje jirones de vida en el intento.

En El Salvador, en Septiembre 2004, la entrevueto para IGLESIA VIVA.

* * *

Ma Isabel, hace unos días, con las lluvias que han azotado a El Salvador, se ha desprendido una parte de la pared de tierra sobre una de las casas de la Comunidad El Paraíso, donde tú vives. ¿Cómo se inició esta Comunidad y por qué vives en ella? ¿Las personas que viven en ella tienen alguna relación con las Comunidades Eclesiales de Base?

Vivo en la Comunidad El Paraíso desde hace 12 años, aunque yo soy una persona campesina. Llegué a esta Comunidad después de los Acuerdos de Paz. En relación a la vivienda, es el primer proyecto que realizamos con las comunidades de Zacamil, con un grupo de personas participantes en las Comunidades Eclesiales de Base, que eran las más pobres de la parroquia y que nunca en su vida habían podido tener vivienda propia. Ésta es una de las comunidades en la que yo trabajaba a nivel pastoral desde antes de la guerra. A partir de las reflexiones bíblicas, ellos tomaron conciencia del abandono en que vivían a nivel de vivienda, un aspecto tan importante para sus vidas, por lo que se dispusieron a organizarse y luchar para conseguirlo. Fueron los padres belgas Pedro Declercq y Rogelio Ponsele, quienes les acompañaron en todo el proceso hasta la finalización del proyecto.

Gracias a Dios, con apoyo de las comunidades de Bélgica y familiares de los sacerdotes, se consiguió el dinero para comprar la tierra. Fue inaugurado el proyecto un 5 de Agosto de 1972 y fue celebrado bajo una gran tormenta; en esta celebración se compartió una de nuestras bebidas típicas que es el atole de elote (bebida con harina de maíz) y los elotes (mazorcas tiernas) cocidos. Celebramos la alegría de tener una tierra en que la gente podría tener una vivienda digna en el futuro. Todos soñaban esa futura comunidad como un Paraíso, por eso lleva ese nombre.



Comentas que eres una persona campesina. ¿Cómo fueron tus primeros años de vida?

Soy originaria de un cantón de Suchitoto, Departamento de Cuscatlan. Soy de una familia numerosa, tengo nueve hermanos. Mi padre se llama Manuel de Jesús Figueroa y mi madre Sara Monterroza de Figueroa. Como decía, soy campesina, viví toda mi niñez y adolescencia en el campo. Debo decir que esas etapas de mi niñez y mi adolescencia fueron muy felices y disfruté del contacto directo con la naturaleza. Vivíamos en una región muy alejada de la civilización, de la ciudad, donde todo nuestro entorno era el campo, los árboles, las frutas, las quebradas, los ríos, los pájaros, los animales... Fui muy feliz en esa etapa, solamente con las carencias propias de la vida campesina, pues las vías de acceso a mi cantón eran difíciles, no había medios de comunicación, no teníamos escuela ni, mucho menos, servicios básicos como luz y agua.

Mis hermanos y yo aprendimos a leer en la casa nuestras primeras letras, nuestros primeros números, nuestro nombre. Todo ello enseñado por mi madre, cada día. Yo fui a la escuela por primera vez, formalmente, a los nueve años, ya que fue entonces cuando en mi caserío se logró fundar la primera escuelita. El sexto grado lo hice en una escuela de un caserío mucho más distante de nuestro cantón, para lo cual teníamos que caminar una distancia de tres leguas y media, que equivale a unos catorce kilómetros. Los caminábamos cada día, algunas veces a pie, con uno de mis hermanos, llamado Rafael Figueroa, y otras veces a caballo. Fui muy buena en el estudio, a pesar de lo que teníamos que caminar y de todos los esfuerzos que eso significaba, tanto para mi hermano como para mí. Teníamos los primeros lugares. A mí me encantó muchísimo estudiar, tuve mucho interés, me gustaba mucho leer, descubrir cosas, hacer deberes y tareas. Una de las cosas que siempre me ha encantado ha sido la lectura, la cual ha sido inculcada desde mi casa. Mi madre sabía leer, mi padre no, pero a mi madre le gustaba mucho leer y siempre había pequeños libritos que podíamos conseguir y leer. En el cantón después del sexto grado no había otra oportunidad para seguir estudiando, a no ser que nos fuéramos mucho más lejos, al municipio.

En mi adolescencia, pensaba bastante en el futuro de mi vida, cual era mi camino a seguir. Debo decir que estoy muy agradecida a Dios porque me dio toda la inspiración, todos los momentos necesarios para pensar y evaluar por donde caminaría mi vida. Fue en esos momentos cuando descubrí la vocación de la vida religiosa. Sentía que por ahí debía encauzar mis energías, mi vida. Lo planteé a mi madre, de la cual recibí mucho apoyo y también sugerencias para que tomara un tiempo para pensarlo.

¿Cuándo te relacionas con las personas pobres de las zonas marginales de la ciudad? ¿De qué manera surge la experiencia de la "Pequeña Comunidad"?

A los 18 años ingresé en la Congregación del Sagrado Corazón de Jesús. Esta Congregación tenía una obra social, era una clínica en la cual se atendía y se sigue atendiendo la salud de personas de escasos recursos económicos de las barriadas marginales del municipio de Mejicanos. Tuve ahí la oportunidad, junto a otras jóvenes, de visitar y acercarme mucho a la realidad de las zonas marginales de la ciudad, que no tenía nada que ver con la vida del campo de la que yo procedía, porque en el campo, aunque hubiera pobreza, se contaba con tierra y una casa digna. Esas condiciones de la vida marginal personalmente me golpearon, por la dureza en que vivía la gente.

De ese modo, fui introduciéndome en el trabajo pastoral de las Comunidades, que estaban naciendo en ese momento a partir de la inspiración que a la Iglesia le había dado el reciente Concilio Vaticano II y la Conferencia de Medellín. Esa llamada a un compromiso por los demás, a no pasar de largo ante el sufrimiento y el dolor de las grandes mayorías, me llevó a un proceso de darme cuenta que no podía encerrar mi vida en una Congregación en la que, en ese momento, yo no veía proyectada hacia el trabajo de formación de comunidades, ni al servicio por los demás, mucho menos como una opción preferencial por los pobres. Por ello comencé, junto a otras jóvenes, a pensar cómo responder a estas inquietudes, ante lo cual decidimos salir de la Congregación y crear una nueva experiencia de vida religiosa que nos permitiera estar completamente cerca de ese pueblo que sufre, para comprometernos a trabajar con él y por él. Fue así como comenzamos una experiencia de vida comunitaria a la que llamamos "*La Pequeña Comunidad*". Éramos cuatro, vivíamos juntas, compartiendo los diferentes momentos de la vida, los pequeños bienes que teníamos, compartiendo el trabajo pastoral en las diferentes comunidades en la que cada una trabajaba. Para sobrevivir quisimos ser como todas las personas, con un empleo que nos permitiera ganar un poco de dinero para cubrir las necesidades básicas.

¿Cómo surge el trabajar en el Arzobispado de San Salvador y qué recuerdas de tu trabajo con monseñor Romero?

En la búsqueda Posteriormente, trabajé en eda por tener un empleo para sobrevivir, trabajé en el Departamento de Documentación de la Asociación Católica de Universitarios Salvadoreños (ACUS).l Arzobispado de San Salvador, en el archivo gene-

ral Arquidiocesano, en los últimos años del periodo de monseñor Luis Chávez y González. Al llegar al Arzobispado monseñor Romero, me trasladaron del archivo general a trabajar en su oficina, en la cual llevaba un libro de protocolo de correspondencia y un archivo de la misma. Trabajé en esta oficina junto a una de mis compañeras de la "Pequeña Comunidad", Silvia Maribel Arriola, que fue asesinada en la guerra. Trabajé a medio tiempo con el fin de disponer de la tarde para el trabajo pastoral, que desempeñaba junto a mis compañeras desde la Parroquia de Zacamil.

En relación al trabajo con monseñor Romero, cada mañana Silvia y yo le recibíamos toda su correspondencia. Se la abríamos, se la seleccionábamos y se la pasábamos, a ver qué respuesta iba a darle monseñor Romero a cada carta.

Desde comienzos de 1979 empezaron a llegarle regularmente anónimos amenazadores. Se los pasábamos también. Le responsabilizaban de todo lo que pasaba en el país: de cada huelga, de cada manifestación, de cada acción de la guerrilla. Lo llamaban hijo de tantas, le daban plazos para que cambiara su prédica o, si no, lo iban a matar.

Eran insultos, ofensas y reclamos, vulgares todos. "*Hijo de puta, vamos a beberte la sangre*", así le ponían. "*Pronto te vamos a hacer pedazos*", "*tenés tus días contados*". Y otras cosas que mejor no repetir las. Otros eran sin letras, sólo con una mano blanca sobre papel negro o la svástica de los nazis, ya se entendía que también era sentencia de muerte. Hubo días en que no llegaron ni dos, ni tres de esos papeles, sino ipuño de anónimos!

Nuestro deber era pasárselos. Él los leía todos y después se los íbamos clasificando en carpetas. Hasta que un día se enardeció y voló el fólter sobre el escritorio.

-¡Ya no me enseñen más nada de esto! ¡Los guardan, pero no quiero ver ni uno más!

Pero como llegaban tantos, de vez en cuando le insinuábamos, así con cuidado:

-Monseñor, siguen llegando aquellas cartas que usted no quiere que le enseñemos...

-Sigo sin quererlas ver. Por algo dicen que ojos que no ven, corazón que no siente... ¡pero, guárdenlas!

Así hacíamos. Ahí debe estar ese cerro de papeles, en los archivos del arzobispado.

¿Qué papel han ejercido las Comunidades Eclesiales de Base en tu vida, en las gentes de El Salvador y en el Conflicto Salvadoreño? ¿Cómo viviste toda esa experiencia?

Debo decir que la experiencia de las Comunidades Eclesiales de base ha sido para mi vida enormemente importante. Es allí donde aprendí tantos valores. Desde la reflexión del Evangelio junto a la gente pude descubrir tantos valores e incorporarlos y apropiarme de ellos, como el valor del compartir, el valor de la convivencia, de la solidaridad, de la corresponsabilidad, de la amistad... Tantos valores que llenaron y han llenado mi vida. Y esa experiencia de las Comunidades Eclesiales de Base sigue siendo como la fuente, el pozo del cual sigo nutriendo mi vida de fe y esperanza.

La conciencia que, a partir del Evangelio, se creaba en las Comunidades Eclesiales de Base era muy clara y fuerte, el pensar que el cristiano tiene una tarea fundamental en su vida y es trabajar en contra del pecado. Descubrimos que el pecado en nuestra sociedad, en nuestra realidad, es la injusticia social en que hemos vivido toda la vida, desde hace quinientos años, y sigue viviendo nuestro pueblo salvadoreño, nuestros sectores más pobres. Esa injusticia social que ha privado a los más pobres de todos sus derechos, que ha mantenido a nuestro pueblo en la miseria, sin una vivienda digna, con hambre, con un alto porcentaje de analfabetismo y sin asistencia médica. Añadido a esto, ha estado la existencia de mucha corrupción, además de la represión y violencia por parte del Estado contra todos los que reclaman sus derechos.

Deseo indicar que, en las Comunidades Eclesiales de Base, muchas personas cambiaron sus vidas, despertaron a un estado de conciencia diferente, entendieron su Fe de una manera dinámica y comprometida, descubrieron a un Dios que no está en las nubes, sino en medio del pueblo. En las Comunidades tejimos una gran esperanza, soñamos siempre con lo que nosotros llamamos una nueva sociedad en El Salvador, una sociedad donde el hambre, la miseria, la ignorancia, la enfermedad desaparecieran para siempre de la realidad de los pobres. Que pudiera haber una sociedad más justa, más digna, donde la paz no fuera la paz de los cementerios, o la paz del silencio, o de la opresión, o de la bota sobre el cuello de la persona, sino una paz que naciera de la justicia, como nos lo dice la palabra de Dios. Soñamos con ese Reino de Dios, presente en medio de nosotros, a través de unas condiciones de vida diferente.

Esa conciencia que fue naciendo en las Comunidades Eclesiales de Base, para el Estado fue un gran delito. Las autoridades, el gobierno, fueron viendo a las Comunidades Eclesiales de Base como un peligro, porque eran porciones de pueblo con conciencia de la realidad en que vivían, tanto en la ciudad como en el campo. Vino entonces la persecución que llevó a un gran sufrimiento a todo el pueblo. A la par de las Comunidades Eclesiales de Base comprometidas estaba el sector popular organizado. Era un

momento muy especial en la sociedad salvadoreña, toda la sociedad estaba adquiriendo conciencia de lo que le estaba pasando, de la injusticia, de la represión, porque cuando el pueblo protestaba sufría represión, asesinato, persecución. Me tocó a mí y a nuestras comunidades sufrir junto al pueblo todo eso y, cuando esta persecución llegó personalmente a mí y a otras personas, nos hizo tomar una decisión. Después del asesinato de Monseñor Romero, las Comunidades comienzan a ser mucho más perseguidas, a sufrir mayores señalamientos, desconfianza y en ese momento muchos tomamos decisiones.

En mi caso yo tomé la decisión de irme al campo, ya que en la ciudad de un momento a otro me podían asesinar, porque estaba siendo perseguida, por estar en las Comunidades y por haber sido secretaria en la oficina de monseñor Romero, junto a Silvia. Y tampoco yo me veía con la disposición de irme fuera del país. Estaba decidida a que si me tocaba morir, quería morir aquí, junto a nuestro pueblo, pues habíamos trabajado por el fortalecimiento de una nueva conciencia y yo no iba a salir huyendo en los momentos difíciles; quería acompañar y estar junto al pueblo hasta el final y tomé la decisión de irme al campo. Me fui en 1981. La única alternativa era incorporarme a los frentes de guerra que se estaban formando en ese momento y me fui hacia el frente paracentral Anastasio Aquino en San Vicente, coordinada con los compañeros de la guerrilla, dispuesta a acompañar a la población en esa situación tan difícil. En ese momento se estaba preparando la ofensiva de 1981.

Se me planteó que me iba por tres meses y eso se convirtió en varios años. Estuve trabajando con la población en el campo de las comunicaciones y apoyando la parte de salud. Permanecí durante cuatro años en el norte de San Vicente. Fue una experiencia muy dura, que marcó mi vida, pero también una experiencia que yo agradezco enormemente a Dios haberla tenido. Estuve tan cerca del sufrimiento, tan cerca de la muerte de tanta gente valiosa, que agradezco a la vida haberlos conocido y creo que fue una experiencia que me fortaleció en mi fe cristiana, en mi compromiso personal, y en mi amor y opción por los pobres. Estuve también un tiempo en el norte de Morazán, en el norte de San Miguel y luego regresé a la ciudad en la cual trabajé con otras mujeres y juntas fundamos un Comité de Madres, aquí en la ciudad de San Salvador.

¿Qué papel ha desempeñado el Comité de Madres y cuál es tu experiencia en él?

Se fundó el Comité de Madres para luchar por los presos políticos, junto a muchas madres que habían perdido a sus hijos y

estaban muy tristes. Quisimos que ese dolor y ese sufrimiento no fuera algo aplastante y solamente una cruz que nos torturara. Hablamos con esas madres de las Comunidades Eclesiales de Base y pensamos convertir ese dolor en una bandera de lucha, en fuerza para poder trabajar por los derechos humanos, por la libertad de los presos políticos, por aquellos hijos de otras madres que estaban en las cárceles. Fue así como en 1985 vine a la ciudad y junto a esas madres, Sarita Portillo, María Parada, María David Salazar de López, Elsa Méndez, Domitila Asensio, Claudia Martínez y otras más, dimos inicio a este movimiento de Madres, a un Comité de Madres, de Familiares, que le llamamos "*Comité de Madres y Familiares de presos políticos, desaparecidos y asesinados Padre Octavio Ortiz, Hermana Silvia*", retomando el nombre de nuestros mártires.

Trabajamos desde la mitad de la década de los ochenta hasta los acuerdos de paz, por los presos políticos, por los derechos humanos. Visitábamos los presos en las cárceles de Mariona y de Llopango. Fuimos el medio para que ellos pudieran sacar sus comunicados, acompañar la organización de los presos y poderles también abastecer de productos básicos para poder vivir en la cárcel. Quiero decir que esta experiencia de trabajo con las madres, con los presos, fue una experiencia grandiosa en la que sentí que también estaba haciendo realidad aquello que nos dice Mateo en el Evangelio, que al final de nuestra vida Dios no nos va a preguntar cuántos rezos hicimos y a cuántas misas fuimos, sino cuánto hicimos por el preso, por el hambriento, por el enfermo, por el desnudo. Esa vivencia cercana a la cárcel, a los que estaban sufriendo, fue grandiosa y en ella estábamos haciendo vivo el Evangelio. Esa organización de mujeres fue muy importante, se tomó las calles, se tomó iglesias, en denuncia por el atropello de los derechos humanos, por las capturas, por las torturas. Logramos aglutinar un total de 387 mujeres de las diferentes comunidades y fue algo precioso. Todo ello finalizó con los Acuerdos de Paz.

¿De qué forma la militancia durante el conflicto se ha convertido hoy en asociaciones prosociales, como, por ejemplo, la "Asociación Nuevo Amanecer de El Salvador"?

Con esas mismas mujeres del Comité, a mediados de la guerra nos encontrábamos con la realidad de muchos niños abandonados, sin padres por los bombardeos, por la persecución. Junto a Herberth Anaya Sanabria, veíamos la necesidad de contar con un Centro de niños en el que pudiéramos acogerlos educándolos con valores, para que crecieran y tuvieran una vida digna. Fue así como soñamos con un Proyecto de Centro Hogar. Fuimos

elaborándolo y contactando personas para ver quien nos podía apoyar. De ese modo, nos encontramos en el camino con gente de Suecia, como Eva Benz, que estuvo dispuesta a apoyarnos en ese Proyecto de Centro Hogar.

Como el Proyecto tardó en hacerse, ya no fue exclusivamente para niños huérfanos de la guerra, sino que lo ampliamos para que fuera un Centro de proyección comunitaria donde pudiéramos acoger también niños pobres, que habían sido atropellados por toda esta injusticia social en que vivimos. Y dimos inicio, con las mujeres, a este Proyecto que es lo que ahora se llama Hogar de Proyección Comunitaria Alfonso Acevedo, el cual ha sido el germen de la Asociación Nuevo Amanecer de El Salvador.

Con estas mujeres dimos origen a esta Asociación, aunque por la situación de guerra, se tuvo que dar toda la legalidad, formar una asamblea, hacer estatutos y se incorporaron diferentes personas de Comunidades Eclesiales de Base, con las que se formó la asamblea de miembros, en manos de quienes quedó el Proyecto completamente.

Con este grupo de mujeres que dieron origen a la Asociación continuamos trabajando. Actualmente se llama "*Consejo de Mujeres Misioneras por la Paz*". Nos reunimos cada quince días. Reflexionamos siempre, nos nutrimos de la palabra de Dios, de la convivencia del compartir y del encuentro con las comunidades. Estamos organizadas en comisiones, visitamos enfermos, visitamos a otras mujeres que fueron parte del Comité y que perdieron sus hijos y trabajamos con grupos de mujeres en comunidades.

He estado trabajando en la Asociación Nuevo Amanecer desde el inicio. Estoy coordinando el Programa de Salud Integral. Atendemos la salud de los niños en los diferentes Centros Infantiles que lleva la Asociación. También trabajamos promocionando la salud y visitando a las personas de las comunidades que solicitan los servicios.

El programa de salud integral es un programa bonito. Desde el principio se definió como un programa que trabajaría en la medicina natural tradicional, queriendo rescatar y aprovechar todas las propiedades y bondades que nos ofrece la naturaleza para la vida y la salud. Y también con la finalidad de recuperar todos aquellos conocimientos y sabiduría que hemos heredado de nuestros antepasados, porque nuestra cultura ha sido muy rica en la experiencia del uso de plantas medicinales y de otros recursos de la naturaleza. Actualmente sigo trabajando en este programa. Estamos ampliándonos al campo de la formación de grupos de promotores de salud comunitaria en una zona de Morazán, históricamente abandonada y en la que también vamos

a dar atención clínica con énfasis en la medicina natural tradicional.

Cómo se ha mantenido después del Conflicto el espíritu y las motivaciones de las Comunidades Eclesiales de Base? ¿Cómo has mantenido tu espíritu y motivaciones?

Después de los Acuerdos de Paz, sentí frustración pues, aunque terminaba el conflicto, la pobreza y la injusticia social, que llevaron a este pueblo a una guerra civil, quedaban sin resolverse.

La esperanza, por un momento dado, la he sentido débil, pequeña. Estaba acostumbrada a ver una gran esperanza en nuestro pueblo, en la época del conflicto y antes del conflicto, con el gran sueño de que se iban a alcanzar los cambios con la revolución. Debo decir que me costó bastante después de los acuerdos de paz animar mi esperanza. Pude sentir y percibir que también, en general, en las Comunidades había desesperanza. La gente había visto terminarse la guerra, pero no había visto mejorarse las condiciones de vida de las grandes mayorías pobres por las que se había trabajado.

Ha habido momentos duros, de llanto, de impotencia, de desilusión, pero hemos tratado, desde la palabra de Dios y desde el encuentro, desde el compartir y la fraternidad entre los pequeños grupos de Comunidades, de ir animando la esperanza. De ir viendo en cada Proyecto que se está haciendo, que se está desarrollando, en cada Comunidad que se sigue reuniendo. También aquí con Nuevo Amanecer, en cada Centro Infantil, donde estamos pudiendo favorecer a grupos de niños, cultivando valores en ellos, para el futuro. En cada proyecto de vivienda, en cada proyecto de promotores, tratando de encontrar los pequeños fueguitos de esperanza, como yo les llamo, para animarme. Porque me ha costado. Yo sólo digo que el encuentro con la gente, el encuentro con la palabra de Dios ha sido y sigue siendo mi motivación para poder trabajar, porque he sufrido bastante desilusión después de los acuerdos de paz.

¿Cómo se podría llegar a crear unas condiciones de vida más justas para que se pudiera hablar de un Nuevo Amanecer para El Salvador?

Debo decir que, a pesar de las condiciones de vida que nuestro pueblo actualmente vive, sigo soñando con que un día nuestra sociedad salvadoreña sea diferente, sigo soñando en que un día pueda reinar la justicia y la paz de verdad. Una paz que sea fruto de la justicia, fruto de condiciones de vida más dignas. Sigo

soñando, como lo hemos dicho en las Comunidades Eclesiales de Base, con todos esos signos del Reino de Dios que son condiciones de vida más dignas para toda la gente. Con vivienda digna, escuelas para todos, hospitales, trabajo y oportunidades en libertad y justicia. Mis ideales por ese sueño de una nueva sociedad siguen siendo muy fuertes.

A veces siento que mis fuerzas físicas pueden desfallecer, pero mi ser interno sigue soñando y sigue fuerte en este deseo de querer contribuir al desarrollo y fortalecimiento de la persona y de las comunidades, desde lo que estamos haciendo en Nuevo Amanecer con los proyectos. Este nombre de la Asociación Nuevo Amanecer de El Salvador no sólo es un nombre sino un gran reto para todos aquellos que formamos la asociación, para todos aquellos que nos identificamos con sus ideales su visión y misión, para todos aquellos que trabajamos de corazón con los proyectos que se están desarrollando a favor de las mayorías empobrecidas de nuestro país.

Sigo creyendo que un día será posible ese Nuevo Amanecer para El Salvador.